

HÉROES SIN NOMBRES.

AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 151.550

SANTIAGO DE CHILE

UNO DE ENERO DE 2005

EL CUENTO “HÉROES SIN NOMBRES” ES UNO DE LOS RELATOS QUE CONFORMAN EL LIBRO “LA VENGANZA DE DON FRANCISCO” DEL ESCRITOR CHILENO HUGO EDUARDO DIAZ.

“HÉROES SIN NOMBRES”

.¿Sabes qué luego podrías morir?, preguntó el coronel Litre.

-No lo sé. Nada he hecho. Contestó el prisionero.

-¿Cómo que nada has hecho?

¿Te parece poco el daño que has causado? Has estado durante este último tiempo predicando no como los evangélicos, que bien venidos sean sus sermones de buena voluntad, pero tú dices verdades terrenales, abres mentes hacia el conocimiento que justamente es el embrión de las grandes rebeliones. Es deber acallar y ocultar la realidad que, como paradoja, es por el bien de todos. Se miente y engaña porque es necesario para nuestro bienestar. El mundo es así, ingenuo amigo.

-Usted es el engañado, el crédulo, que ha caído a la ruindad por su ignorancia o talvez por su egoísmo. Por sirvientes como ustedes está la tierra cubiertas de cadáveres inocentes. Tipos como usted abundan en todo lugar, en las universidades, en los templos, en los parlamentos. Ustedes son únicamente las marionetas con espadas, de esos grandes caballeros de las fortunas fabulosas.

-Habla tus verdades, tienes razón, por eso es que mis superiores piensan liquidarte. La verdad incomoda, es cierto, altera el buen vivir, agria el sabor del buen vino y hace ver nubarrones al corazón. Vivir en la mentira es la inteligencia del hombre feliz. Ya ves cómo murió el hombre más bueno del mundo, el hombre que se atrevió a pregonar la verdad entre los suyos, hace dos mil años. Falleció inmolado, crucificado.

¡Y cuántos como él siguen siendo ultimados de manera semejante! -¡No, mi amigo! Yo soy solamente un hombre corriente, mi amigo, pero no soy tan imbécil para no darte la razón y admirar tu valor como ser humano.

Dos días antes de este espiritual diálogo que en una celda mantenían el coronel Litte, encargado de la custodia, con su prisionero Juan Canuteo, en el Cuartel General del Ejército, se habían reunido los altos Jefes de la Guarnición para decidir, como dioses, los prisioneros que deberían morir o vivir. En el gran aposento y sentados alrededor de una inmensa y brillante mesa de nogal, examinaban el lote de expedientes de los reclusos por motivos políticos, mientras en el cabezal del mesón escrutando a sus subalternos estaba el gran general, el recientemente ascendido por él mismo al grado de Capitán General.

-Caballeros, ya hemos decidido la suerte de la mayoría de estos malandrines, pero nos falta analizar a uno que me ha quitado el sueño, por las primeras informaciones que ustedes me han hecho llegar. Quiero ser justo y espero que ustedes me ayuden a no cometer alguna injusticia, pues la Patria y nuestra bandera nos está observando.

-¡Coronel Litte, usted tiene el expediente!... ¡Infórmeme los detalles! Inició el debate y ordenó el Gran General.

-¡A su orden mi general! El prisionero se llama Juan Canuteo, mi general... Fue detenido en la plaza principal de la ciudad en una concentración política... Es el que hace cabeza de un movimiento desprendido de los evangélicos... No hemos podido averiguar con certeza si este sujeto tiene enlaces con los subversivos marxistas, que aún andan sueltos por ahí... Los servicios de inteligencia han informado que este individuo es un hombre que solamente predica... Se le han hecho seguimientos y nunca se le ha encontrado actitudes sospechosas de ser un extremista y menos terrorista... El hombre solamente habla, denuncia y pregona lo que sabe a las personas que lo siguen...

-¡A ver!... Deténgase un momentito, Coronel... ¿Cómo es eso de que el hombre solamente habla, denuncia y pregona?... Peligroso asunto ése...¿No lo cree usted así, Coronel?... ¡El problema es qué habla, qué denuncia y qué pregona el tal... ¿Cómo se llama el revoltoso ése? -detuvo la exposición y gritó el Gran Capitán.

-¡Juan Canuteo, mi general! -respondió y gritó aún con más firmeza, el coronel Litte, expositor del tema.

-¡El Canuteo ese es un grave problema!... Así que habla, denuncia y pregona lo que sabe... -musitaba el Gran Capitán- mientras el cuerpo de oficiales superiores escrutaban, miraban cada gesto, esperando las acostumbradas reacciones inesperadas del Gran Capitán.

Después de unos instantes de más temeroso que respetuoso silencio por los pensamientos del señor Gran Capitán,

éste levantó su campechano rostro de agricultor extranjero del sur, miró dos segundos la faz cuadrada e impertérrita, casi militarmente germánica del jefe de su servicio de inteligencia y le dispara su voz de mando:

-¡Coronel Heilman!... ¿Y usted, general?... ¡Infórmeme!... Hable lo que sabe sobre este malandrín hocicón! -¿Qué antecedentes han acumulado sus hombres, sobre este asunto?

-Mi general, lamento comunicarle que el asunto es más grave de lo que pareciera. Es un hombre reconocido como un pacificador... Ataca los métodos violentos. Sería una locura eliminarlo acudiendo a tácticas de inteligencia como el presentar su cuerpo acribillado aduciendo un enfrentamiento con nuestras fuerzas... Nadie creería esto, menos las O.N.G., Amnesty Internacional, La Cruz Roja Internacional, etc. El hombre, mi general, no es un necio. Sabe tanto como nosotros en cuanto a los poderes, a la historia que hemos elaborado, a nuestros colaboradores como las iglesias, los grandes empresarios, la ayuda de nuestros colegas de otros países, etc... Y el hombre convence, mi general... La gente cuando lo escucha, se va a sus casas pensativa... Este gallo los hace pensar, les está enseñando la verdad, mi general... Este gallo es más peligroso que un extremista y mil veces más dañino para nosotros que el más inocente terrorista... Individuos así, que por fortuna son muy escasos, no solamente hay que cortarles la lengua, mi general, sino que hay que hacerlos desaparecer y después denigrarlos, inventarles infamias... Y para agravar más la situación, el desgraciado tiene como seis hijos, algunos ya en la adolescencia... No sé realmente qué medida recomendar, mi general. Me gustaría que el Padre Capellán, Coronel Jossuett, si usted lo permite, nos orientara...

-¡Qué orientación, señor! -¡La cuestión está clara, la ley pareja no es dura...! ...Hemos liquidados miles ya, y muchos únicamente por aplicar tácticas probadas por su eficacia en lo que respecta a sembrar el miedo y el terror. La gente, mis estimados oficiales, es cobarde, es temerosa, salvo algunos pocos que tienen cojones lo suficientemente grandes para enfrentarnos, tal como lo hacían los mapuches, y por eso es que a éstos nos vimos en la necesidad de liquidarlos casi a todos... Esos guerreros, mis caballeros, eran dignos rivales nuestros, pero justamente por eso, por su bravura, decidimos exterminarlos, o si no... ¿Qué sería de nuestra civilización si los dejábamos procrear y parir a sus mujeres hombres de tal calidad?... Antes de tomar una decisión, me gustaría saber la opinión de mis otros oficiales... ¿Qué piensa usted, Padre Jossuett? ...Terminó su perorata el Gran Capitán y apuntando con su dedo índice al religioso vestido con el uniforme de coronel de ejército.

-¡A su orden mi General! ...Yo, como siervo de Dios y representante de mi iglesia, seguidora de los mandamientos de Nuestro Señor Jesucristo, y en mi calidad de consejero espiritual de los patriotas que conforman este glorioso ejército me voy a permitir a opinar, con la venia y autorización de mi Gran Capitán, sobre este delicado tema que estamos tratando...Mi general debe tomar una decisión y sea cual fuere ésta, mi deber es apaciguarle su sentimiento de culpa, tranquilizar su alma y la de todos ustedes, caballeros todos, por el silencio que deberán guardar en sus corazones, todo por nuestra patria, nuestra bandera y por nuestra sagrada disciplina y obediencia. Nuestro guía, nuestro señor Jesucristo, está con nosotros y la vida de este hombre depende de lo que él, nuestro señor Jesucristo, ordene a nuestra alma. Amén.

-¡Muy bien, Padre Jossuett, entonces estamos todos de acuerdo!... Seremos piadosos... El forajido será ajusticiado sin causarle dolor... Lo daremos de baja de la forma más hermosa de morir: una bala en el corazón, cuando esté dormido y soñando. Se le suministrará un alucinógeno en la colación. Despertará feliz bailando cumbia junto a San Pedro. Para hacerle grato los últimos momentos, he tomado la decisión de darle la misión de entretener al condenado en sus últimas horas al ilustrado coronel Litte, ya que sé de su gran sabiduría y sensibilidad... ¡Yo no sé cómo ha llegado a coronel, este hombre, mi gran amigo! Finalizó exclamando sonriente el Gran Capitán.

Al concluir la reunión, el Gran Capitán le hizo una disimulada seña al coronel Heilman, Jefe de los Servicios de Inteligencia y le ordenó sonriendo cazurramente:

- Coronel... Aplíquese al lenguaraz ése el artículo 23 de las órdenes confidenciales... ¿Entendido?!

-¡A su orden, mi general! -¡Perfectamente comprendido, mi general! -respondió militarmente el adiposo Heilman, Coronel y Jefe del Servicio de Inteligencia.

Y en la celda continuaba la casi tertulia entre Juan Canuteo y el coronel Litte.

-Me siento muy orgulloso que mi general me haya designado a mí en esta misión. ..Y tiene razón mi general... Para un prisionero excepcional, como lo eres tú, es necesario también un militar con dotes también extraordinarias como yo, con la sensibilidad, los conocimientos y la inteligencia adecuada para convencerte que la desaparición de gente como tú es necesaria para proteger el mundo democrático, garante éste de todas las

libertades, incluyendo las sexuales, los derechos humanos de los niños, de los discapacitados, de la tercera edad e incluso los sagrados derechos a la vida de los animales, incluyendo las cucarachas, pero jamás las que perturben y socaven las raíces en las que se basan la fortaleza del sistema: la ignorancia, la mentira, la falsedad, cimientos éstos de la perpetuidad de la propiedad privada. ..El pobre buen Jesús, nuestro señor Jesucristo, lo asesinaron por predicar la igualdad, el reparto equitativo de los bienes... ¡Una quimera hoy, y un sueño loco, peor que los desvaríos de don Quijote, hace dos mil años!... ¡Una locura, hoy y ayer!... Quizás con el paso del tiempo... Pero... ¿Cuántos millones de muertos costará cumplir los deseos de Nuestro Señor Jesucristo?... ¿Has pensado en esto, Canuteo?.

El coronel, al formular esta pregunta y terminar este casi monólogo consigo mismo, transpiraba, aunque no hacía calor. Sus ojos se habían enrojecido y su semblante mostraba una palidez poco habitual en este hombre de uniforme de coronel de ejército. El pobre hombre sabía muy bien lo que estaba haciendo. Sabía que estaba tratando de justificar su accionar. No estaba confundido, sino que estaba convencido de estar mintiendo y todo por no engrosar la eterna muchedumbre descontenta y sufrir los padecimientos y persecuciones infames a que eran sometidos estos seres humanos, portadores de verdades.

El coronel era un hombre culto, como pocos en el ejército. Es sabido que hay generales y oficiales antiguos que apenas tienen cursado el cuarto año medio. Y él era Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, y Licenciado en Sociología, en tiempos en que había más libertad para incursionar profundamente en conflictivas disciplinas como la filosofía, abarcando todas sus posiciones, la sociología, ética, moral, etc.

Quizás como una forma de aliviar su conciencia y también para evitarle preocupaciones al ya condenado Juan Canuteo, el coronel Littre soslayaba cualquier atisbo que sirviera de aviso al prisionero del peligro que corría. El coronel sentía un placentero sosiego al recordar que su interlocutor no tendría oportunidad de sufrir apremios torturantes, ya que sería dopado primero y posteriormente asesinado con un tiro en pleno sueño.

-“Sí, que he pensado en eso... Pero es la fuerza de la naturaleza que impulsa a los seres humanos a luchar por lograr una vida mejor aquí en la tierra. Es casi una ley de la vida... Algún día las multitudes avanzarán como un torrente y destrozarán cercas, murallas, defensas hechas con embustes y tapizadas con sangre de millones de hombres y mujeres... Llegará el día de la construcción del paraíso que Jesús avizó hace dos mil años... Para que eso suceda, tal vez sea necesario sacrificar millones de vidas durante muchos años... Pero al final, el ser humano vivirá libre ya de egoísmos, codicia, envidia, de enemigos... Será el edén, que tanto se pregona que está en el cielo, pero él está aquí en la tierra, esperando a que los pueblos arriben a él, pero luchando y muriendo”. Se atrevió tozudamente a fundamentar su actitud, el terco Juan Canuteo.

El coronel escuchaba atentamente a su prisionero y en su cerebro vencía la tesis de que hombres así estaban condenado a morir, no por una condena militar dictatorial, sino por la sociedad actual, dado el nivel actual de desarrollo social y mentalidad de ésta. La sociedad seguramente al escuchar a Juan Canuteo, levantaría sus brazos y bajaría el pulgar pidiendo muerte, tal cual lo hacían los romanos en sus fiestas sangrientas en los circos de los primeros siglos.

El coronel, después de desearle a su custodiado un amable y un dudoso, para él, buenas noches, se retiró a su cuarto, ubicado éste dentro del recinto militar de reclusión. Esa noche no iría a su hogar. Le preocupaba la suerte y la muerte de Juan Canuteo. Esperaba que ésta fuera piadosa, tal como lo había ordenado el Gran Capitán.

A medianoche, la puerta de la celda de Juan Canuteo fue abierta por dos soldados armados. Ingresaron, lo engrillaron y le vendaron la vista, sin siquiera la emisión de un quejido de Juan Canuteo. Trasladado a un lugar desconocido fue tendido desnudo en un mesón metálico y fuertemente atado.

El coronel Heilman estaba cumpliendo la orden que secretamente le había impartido el Gran Capitán: aplicar al prisionero Juan Canuteo el artículo 23 de las Órdenes Confidenciales, la cual describía detalladamente las medidas disciplinarias y correctivas a aplicar a prisioneros subversivos que se hagan merecedores de tales disposiciones. El recinto estaba acondicionado especialmente para evitar la propagación de sonidos alarmantes que puedan traspasar las murallas. Cables eléctricos con sus respectivos enchufes serpenteaban por el piso.

En una esquina, de pie, con sus piernas separadas, luciendo hermosas y brillantes botas negras de caballería, su impecable y elegante uniforme de coronel, gorra modelo alemán, lentes ahumados y fusta en mano, imitando, inconscientemente tal vez, a un mariscal nazi. Tal era el aspecto de este señor defensor de los valores patrios y listo para comenzar su faena patriótica.

Cuatro eran los caballeros que lucían el emblema de la estrella solitaria de su país y que eran diestros en aplicar disciplina y buenos modales a los prisioneros políticos

desobedientes y rebeldes. Uno de ellos se mostraba con un delantal, reluciente por su blancura.

Los expertos en causar dolores casi mortales, estaban ejecutando su tarea hacía ya más de media hora. Juan Canuteo, el martirizado, seguramente acudió a conocimientos de yoga, pues soportó, aunque gimiendo, los tormentos, sin claudicar ni suplicar piedad.

De pronto los oídos de los señores oficiales escucharon algunos ruidos de una muchedumbre que los insultaba y pifiaba.

En la sala del teatro se escuchaba un griterío poderoso e infernal. Casi una revuelta. La gente empezó a cantar el “Venceremos”; se escuchaban los gritos: “El pueblo unido jamás será vencido” y viejas consignas que hacían furor hacía más de treinta y tantos años ya pasados. De pronto entraron al recinto las fuerzas especiales de carabineros a despejar el lugar. Siguió la gente en la calle, gritando enfurecida sus añejas consignas ya pasadas de moda a la salida del teatro donde se presentaba esta cruda y real obra teatral. Decenas de ellos fueron detenidos por destrozos y luego puestos en libertad, menos uno.

La gente no pudo soportar presenciar tanta barbarie que se estaba cometiendo con el personaje de ficción Juan Canuteo. La memoria de la gente había hecho emerger peligrosamente negros y trágicos recuerdos incentivados con la magia del arte expuesto en forma tan realista por los actores, estimulando en la mente de los espectadores traer al presente imágenes dolorosas vividas hacía algunos años atrás.

La comisaría de carabineros, respiraba ya una relativa tranquilidad. La gente poseída de histeria colectiva y detenida ya había sido puesta en libertad.

De vez en cuando, el personal de guardia escuchaba desde uno de los calabozos como una letanía pegajosa la clara y marcial voz entonando la melodía “Venceremos” y de vez en cuando ese mismo vozarrón hacía temblar los tímpanos de los policías con la combativa y desafiante, años pasados, consigna “El pueblo unido, jamás será vencido”.

Era el único asistente al teatro al que no se le pudo otorgar la libertad, por encontrarse gravemente choqueado, según el parecer del Oficial de Guardia.

Confiada la jefatura policial de guardia en la comisaría en que pronto el hombre detenido recuperaría su sano juicio, aconsejó a sus subalternos tener paciencia y esperar. Al cabo de cerca de dos horas los policías dijeron basta. Basta de soportar los ridículos, por pasados de moda y casi olvidados, los más variados y fanáticamente combativos eslóganes, canciones, marchas y frases que eran de propiedad del pueblo descontento hace algunos años atrás. El jefe policial, previa consulta telefónica con su superior, llamó a la ambulancia del hospital. Cuatro camilleros bastaron para dominar y colocarle la camisa de fuerza al hombre con buena memoria y poder así trasladarlo a la Posta de Urgencia.

Mientras el vehículo blanco con sus dos cruces rojas pintadas en sus puertas atravesaba la ciudad con su paciente, el hombre con rostro enfurecido y sin demostrar miedo insultaba a sus guardianes torturadores, según su mente creía.

-Sé que voy a morir, huevones, pero no me harán hablar... No soy un soplón, desgraciados, asesinos... Y tampoco voy a rezar... Recen ustedes, conch.... de su ma...

Al cabo de unos minutos, el hombre desfasado en el tiempo, estaba siendo examinado por un médico, después de inocularle un calmante específico para el trastorno mental que el paciente padecía. El hombre memorión durmió cerca de dos horas. Al despertar estaba tranquilo. Al abrir los ojos, se percató que estaba en un hospital. Miró la hora en el reloj que aún estaba en su muñeca. Eran las cinco de la mañana. Había salido de su casa a eso de las seis de la tarde, del día anterior. Estaba tratando de recordar qué había pasado y por qué estaba tendido en una camilla del hospital. Empezó a recordar... Estaba en el teatro viendo la obra sobre un sujeto que torturaban los milicos... Y su mente de nuevo cayó en profundidades desconocidas... Y de nuevo volvieron los eslóganes, las consignas, las marchas libertarias exigiendo justicia, etc.

Tres forzudos funcionarios de la Posta de Urgencia volvieron a amarrarlo y uno de ellos le inyectó otra dosis del medicamento recetado por el médico de turno. Por segunda vez el traumado ciudadano sobreviviente de la hecatombe del año 1973, cerró sus ojos por más de tres horas.

Los jóvenes médicos, de promociones recientes, sabían lo ocurrido en el país hacía ya treinta y tantos años solamente por las noticias de los periódicos que de vez en cuando se referían a las atrocidades cometidas por las autoridades militares y por testimonios televisivos o impresos.

Concertados los tres médicos de la posta de urgencia para ayudar al enfermo llamaron a un colega siquiatra, para que lo examinara, hiciera un diagnóstico tentativo y los orientara. Todos inquietos, mientras seguían en sus labores de atención a los otros pacientes, miraban ansiosos al hombre que plácidamente dormía sobre la camilla hospitalaria.

El siquiatra, un experimentado médico ya canoso, se acercó al paciente, para examinar sus signos vitales. Temperatura, presión arterial, pulso y respiración. Todo normal. El galeno de la mente humana secretamente temía por la posibilidad de tratarse de una lesión síquica permanente. Estaba atento para hipnotizar si en los primeros minutos el paciente nuevamente evitaba el presente y viajaba mentalmente al pasado, quizás para nunca más volver. Estaba el siquiatra buscando en su cerebro los datos acumulados sobre los misterios de la mente humana cuando de pronto se posaron sobre él los desorbitados ojos del enfermo. Súbitamente había despertado. El médico dirigió como un reflector su potente mirada al centro de las pupilas del demente y con palabras tiernas y melodiosas lo fue adormeciendo, ahora sin el efecto de somníferos inyectables.

-No tengas miedo. Soy tu amigo. Ten confianza en mí. ¿Me quieres decir cómo te llamas? Le habló el médico.

-Me llamo Efraín Ordóñez Ruiz. Tengo 22 años, soltero, estudiante de Quinto Año Pedagogía de la Universidad de Chile. Militante de la Unidad Popular.

Al escuchar esta respuesta el siquiatra comenzó a preocuparse. El hombre aún estaba en el año 1973. Actualmente el pobre hombre era un ser cano, envejecido, de aproximadamente cincuenta y cinco años de edad.

Después de dos horas de efectiva terapia psicológica logró que el paciente regresara al tiempo y lugar real, sin emitir ninguna consigna ni grito alusivo a la situación política vivida. Después de un fuerte apretón de manos y sonrisas por ambos lados, médico

y ex-demente se despidieron cuando ya el reloj marcaba las trece horas, previa reiteración del médico de asistir sin falta al consultorio de especialidades para control médico.

Es sabido en los medios científicos de sicología y disciplinas relacionadas, que casos como el de Efraín Ordóñez Ruiz son más frecuentes que lo que se cree. Miles de personas que han sido sometido a castigos y tormentos están expuestos a padecer esta enfermedad mental en sus diferentes formas, unas más graves que otras. Algunas con síntomas casi imperceptibles, que ni el mismo paciente ha descubierto. Estas personas cargan con estas intranquilidades durante años, sin percatarse que según pase el tiempo el trauma ocasionado va dañando lentamente el normal comportamiento, la sociabilidad, la visión del mundo que lo rodea, el logro de paz y sosiego, etc.

Efraín Ordóñez, el espectador sin olvido, hacía treinta años, durante el golpe militar y cuando aún era un estudiante universitario, fue uno de los novatos políticos anónimos de los que fueron apresados y sometido a apremios físicos y psicológicos en el lugar de detención. Posteriormente debió cumplir una larga condena carcelaria hasta que logró salir en libertad al cabo de cinco años de prisión.

Cuando se enfrentó con la vida y la gente de su país después de esa larga ausencia fuera de las calles y del contacto popular, fue percibiendo lentamente que el mundo había cambiado. La gente reía como siempre, pero escondiendo hipócritamente su miedo a las represiones masivas y muchas individuales y seleccionadas. Su mente fue captando poco a poco una triste realidad. Era ajeno, un paria en su propio país. Para la gran mayoría él era portador de riesgos, de ser tildado de extremista. Con su mente rebasando resentimiento inútilmente

trataba de conseguir un empleo al nivel de sus conocimientos y aptitudes. Imposible. El certificado de antecedentes lo llevaba pegado sin quererlo en su frente. El trauma psicológico escondido en lo profundo de su cerebro inició su camino hacia la superficie, sin que él pudiera percibirlo. Su mirada antes amable y amistosa, se tornó fija, despectiva, despreciativa. Su sonrisa, una mueca y su semblante, antipático. Mientras tanto la juventud, que dicen que es dorada, se le escapaba.

Efraín Ordóñez después de mucho meditar y transcurridos varios meses, decidió acudir a la consulta psiquiátrica del Hospital exhibiendo la arrugada orden de atención expedida por el médico de la Posta de Urgencia. En sus largas reflexiones sobre la conveniencia de someterse a un análisis médico, según razonaba, era exponerse una vez más a desnudar su perfil psicológico y engrosar con todo lujo de detalles las listas que aún estaban en manos de sus torturadores, acechando, vigilando como siempre la conducta de los ex presos políticos que por miles deambulaban por las calles.

Afortunadamente prevaleció la cordura, aunque es posible que Efraín haya tenido una razonable y fundamentada duda.

La Junta Médica, integrada por tres psiquiatras, con todos los antecedentes clínicos y de los otros, analizaban el caso de Efraín Ordóñez desde el punto de vista del diagnóstico y sus consecuencias, del tratamiento y seguimiento.

El Médico Jefe del Servicio de Psiquiatría del Hospital, después de la larga sesión de trabajo y mientras se dirigía a su casa preocupado, recordaba la semejanza del caso de Efraín Ordóñez con los miles de casos que tuvieron que enfrentar en EE. UU. con los ex combatientes de la Guerra de Vietnam, que no

pudiendo superar su enfermedad mental, muchos se tornaron terroristas contra sus propios ciudadanos.

Con el paso de los años y guiado por su mente enferma, su aspecto había cambiado. Lucía ahora una mandíbula cuadrada y nervuda, como consecuencia del permanente aprete de sus dientes, mirada ofensiva y directa, andar desenvuelto y desafiante, todo casi semejante a la apariencia agresiva, prepotente y desenfadada de los delincuentes habituales. Nunca hubo camuflaje tan perfecto para disimular tanta sensibilidad y humanidad con una presencia de tales características.

Y todo esto, ignorado por el hombre llamado Efraín Ordóñez. Poco tiempo después este hombre se internó para siempre en las profundidades de su mente sufriendo y viviendo hasta su muerte los suplicios a que fue expuesto hacía ya tantos años.

AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ

www.hugoeduardodiaz.com

www.hugoeduardodiaz.cl

SANTIAGO DE CHILE

01 DE ENERO DE 2005.